

Notas sobre lecturas perversas del Nuevo Mundo

Paul Firbas (Stony Brook University)

¿Cómo recuperar los sentidos que los textos sobre el “Nuevo Mundo” tenían para sus lectores en la temprana modernidad? ¿Dónde se detenía la lectura de un texto, dónde desbordaba el asombro, la curiosidad o la condena?; ¿cuándo se apuraba ansiosamente una lectura?; ¿qué imágenes perduraban entre quienes leían o escuchaban? Si entendemos la “invención de América”, en principio, como una producción discursiva para el consumo (y la delimitación) de Europa, ¿cuáles fueron las imágenes que levantaron los cimientos de esa construcción?

Para acercarnos remotamente a estas cuestiones, será necesario reconstruir o imaginar escenas de lectura en la época, procurando, en una arqueología imposible, recuperar un sentido, como quien trabaja con el fragmento de una vasija, para después ver dónde podría insertarse en el desconcierto de su cultura.

Hace poco encontré en una biblioteca privada un ejemplar notable de la primera edición de la *Crónica del Perú* de Pedro Cieza de León, con interesantes marcas manuscritas de un lector de la época, quizá de finales del XVI. El libro salió impreso en Sevilla en 1553 en hermosa tipografía gótica que el mismo autor le había exigido a su impresor. Cieza había pasado cerca de veinte años en América, viajando, escribiendo y participando de la empresa colonial. La mayor parte de su obra quedó inédita debido a su muerte el año de 1554. En el

contrato con su impresor, firmado en 1552, el autor revela una casi obsesiva voluntad de controlar la forma final de su texto y de que se transmita incorrupto, como si se anticipara a los descuidos de los cajistas y manipulaciones de los editores. Pero, más allá de salvar erratas, ¿cómo se podía controlar los significados o evitar la perversión en un libro tan lleno de novedades lingüísticas, naturales y morales?¹



Pedro Cieza de León, Crónica del Perú, Sevilla, 1553

Las marcas en tinta que dejó aquel lector de Cieza pueden quizá ayudarnos a pensar la recepción de los textos iniciales sobre América. En este breve ensayo no contemplo las lecturas “profesionales” sobre las cosas de Indias, como las que hacían los administradores, censores, historiadores e indianos interesados, quienes dejaban sus marcas y anotaciones particulares en los textos.

A nuestro lector de Cieza le interesaban especialmente las relaciones familiares. Constantemente subraya en el texto cualquier dato sobre las formas de sucesión y herencia, por ejemplo en el capítulo XVI: “faltando el hijo lo hereda el que lo es de la hermana o del

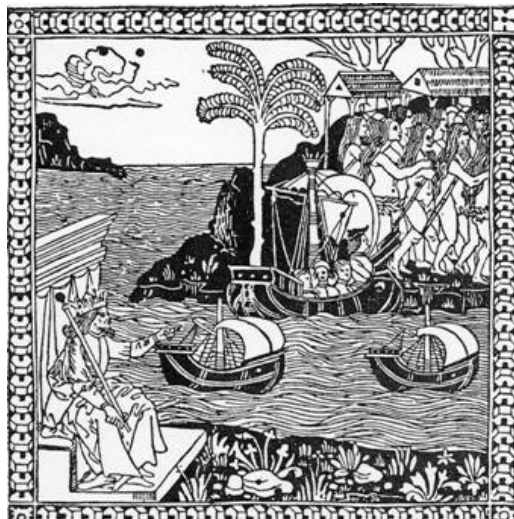
hermano"; y más abajo subraya que los cacicazgos se heredan por línea femenina (23r). Pero la verdadera obsesión de este lector está en las mujeres, y sobretodo en las menciones de los enterramientos de los Señores, donde las esposas vivas acompañan al muerto en la sepultura. Las referencias a las indias, a su belleza y entrega sexual, a su capacidad de trabajo y, especialmente, a su fidelidad de ultratumba merecen marcas en el texto: reacciones del lector. ¿Preparaba algún estudio sobre el tema? Sospechamos que no. No hay referencia alguna a otras obras, no se coteja la información; y las marcas tampoco remiten a otras páginas o capítulos del mismo libro. Lo más probable es que aquel lector del Viejo Mundo nos dejó un testimonio de sus asombros e intereses en sus rayas de tinta. La *Crónica del Perú* era para él un viaje por la sexualidad y las relaciones familiares, contenido en un territorio remoto pero no inaccesible (y en última instancia familiar), propicio para excitar la aversión y el deseo. "¿Y si *yo* me convirtiera en un indiano?"²

Así, en el capítulo 44 de la *Crónica*, en el cual Cieza describe el suntuoso palacio de Tumbamba y las costumbres de los indios cañaris, los subrayados muestran coherentemente una lectura del todo erotizada o sexualizada del espacio americano. En todo este capítulo notable, que va presidido por un grabado que muestra un palacio indígena convertido en arquitectura andaluza, nuestro lector subraya ocho frases, seis de las cuales inciden en el mismo tema: "Mamaconas vírgenes ya dichas" [vestales incaicas]; "había porteros, de los cuales se afirma que algunos eran castrados, que tenían cargo de mirar por las Mamaconas"; "Las mujeres son algunas hermosas, y no poco ardientes en lujuria: amigas de los españoles. Son estas mujeres para mucho trabajo: porque ellas son las que cavan las tierras y siembran los campos, y cogen las sementeras"; [los maridos] "están en sus casas tejiendo, y hilando, y aderezando sus armas, y ropa, y curando sus rostros: y haciendo otros oficios afeminados"; [los indios] "muchos daban sus hijas y mujeres [a los españoles] y ellos [los indios] quedaban en sus casas"; ["a los difuntos los metían en las sepulturas"] "acompañados de mujeres vivas". En un último trazo en este capítulo, nuestro lector subraya la riqueza mineral de los ríos de la zona,

expresada por el yo testimonial de Cieza: “y hablé yo con quien en una batea sacó más de setecientos pesos de oro” (55v-57v).

Podría objetarse, sin duda alguna, que se trata simplemente de una lectura idiosincrásica. De algún modo, toda lectura lo es. Si vamos un poco más atrás en el tiempo, hasta los orígenes impresos de la materia americana, encontramos que desde las primeras imágenes grabadas que acompañan la Carta de Colón de 1493 las nuevas islas destacan por los cuerpos desnudos y el género ambiguo de sus habitantes.

La publicación en Barcelona de la carta de Cristóbal Colón de 1493 produjo, ese mismo año, unas once reediciones y traducciones, entre ellas las de Basilea en latín y Florencia en italiano, ambas con ilustraciones que pueden bien considerarse como los primeros testimonios de lectura del breve texto colombino. La edición de Florencia, bajo el título de *La lettera dell isole che ha trouvato nuovamente el Re di Spagna*, lleva un grabado que muestra, en una sólo viñeta, la presencia simbólica del Rey en los nuevos territorios, habitados por una masa compacta de indios casi desnudos. Aunque se trata de un grabado basto, no deja de ser una lectura aguda del texto, quizá apoyada además en otros datos etnográficos que podrían venir de primera mano. La edición de Basilea, *De insulis epistola*, incluye un grabado (“Ynsula hyspana”) que muestra claramente otro proceso de lectura, aunque recoge o se asienta en una misma estructura básica que podríamos llamar el “motivo del encuentro”. En este grabado no hay ningún elemento o detalle etnográfico o local, sino lugares comunes de lo exótico. Los indios aparecen como adolescentes de sexo ambiguo y sus miradas y actitudes nos interrogan. Podríamos decir grosso modo que el grabado florentino es severamente político, mientras que el de Basilea lee la carta en clave más poética. En ambos casos, los cristianos no han penetrado todavía en las tierras de cuerpos desnudos. El lector permanece: “¿Y si yo saltara a esa isla?”³



C. Colón, Florencia, 1493



C. Colón, Basilea, 1493

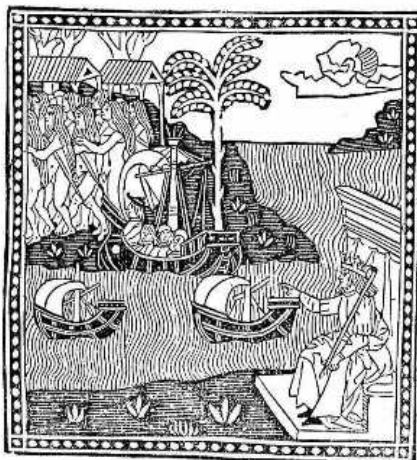
Para que las lecturas en imágenes penetren en el territorio americano, debemos esperar hasta las ediciones de las cartas atribuidas a Amerigo Vespucci, quien comenzó su vida profesional como un comerciante florentino comisionado en Sevilla y pasó luego al servicio de la corona española como piloto y cosmógrafo. Mantuvo una correspondencia humanística con Francesco de Medici y Pier Soderini y anunció la publicación de sus cuatro viajes, que, hasta donde se sabe, no alcanzó a imprimir. Su fama como cosmógrafo se la debe a dos cartas (más extensas que la colombina) conocidas como *Mundus Novus* (1503 o 1504) y la *Lettera de Amerigo Vespucci delle isole nuovamente trovate in quatro suoi viaggi* (1504 o 1505), ambas traducidas y publicadas varias veces en la época.

La *Lettera*, dirigida a Pier Soderini, fechada en septiembre 1504, fue impresa posiblemente en Florencia. Se supone que es una carta falsa, no escrita directamente por Vespucci, sino por alguien que tuvo acceso a su correspondencia "familiar" y compiló o retrabajó su narrativa. Fue luego traducida en 1507 e impresa en latín en Saint Dié por un grupo de jóvenes humanistas alemanes que la incluyeron como introducción en una nueva cosmografía. Estos humanistas, bajo la

dirección de Martin Waldseemüller, acuñaron el término “América” y así lo imprimieron en su gran mapamundi de 1507, estampado a treinta grados de latitud sur sobre un nuevo continente que Vespucci ya había entendido que no era parte del Viejo Mundo. El nuevo nombre es también el testimonio de una lectura perversa. Aunque el mismo cartógrafo va a corregirse y eliminar el nombre de América de su mapa de 1513, no habrá ya forma de detener la vida de esta palabra. Aparentemente, la fortuna de “América” sería uno de los más grandes malentendidos de los lectores. Según Harold Jantz, el topónimo debe leerse en el contexto humanístico de los jóvenes cosmógrafos de Saint Dié que, a la usanza renacentista, manipulaban las etimologías en un ejercicio poético o literario. El hecho de que se haya tomado el nombre y no el apellido del piloto florentino no es fortuito, antes respondería a esa verdad poética de los humanistas, quienes consiguieron que “América” resonara con palabras griegas e imitara los nombres femeninos de África y Europa.⁴ En esta lectura de 1507, Vespucci queda íntimamente ligado entre bromas y veras al sexo femenino.

En la introducción a la *Lettera*, Vespucci se dirige a su destinatario Pier Soderini recordando las palabras que Plinio le dijera a Mecenas --“vos solías, en otros tiempos, deleitaros con mis pláticas”-- ocupando así, estratégicamente, el lugar de un nuevo Plinio y autorizando su propio discurso sobre el Mundo Nuevo. La carta, sin embargo, se ofrece como un bajativo, “como se acostumbra a dar hinojo después de las viandas deleitosas”, dice Vespucci, y agrega: “podréis para descanso de vuestras muchas ocupaciones, mandar que se os lea esta carta mía para que os aparte un tanto del continuo cuidado y asiduo pensamiento de las cosas públicas” (74-75). Es decir, un texto oral en la sobremesa para divertir la atención del Señor confaloniero perpetuo de Florencia. Al menos, ésa es la estrategia de seducción.⁵

Lettera di Amerigo vespucci
delle isole nonamente
trouate in quattro
suoi viaggi.



La portada de la Lettera de Vespucci imita la edición también florentina de la Carta de Colón. El grabado, algo más rudo aquí, copia directamente la imagen de la portada colombina, que sale invertida en el proceso de impresión. Las diferencias notables entre Vespucci y Colón quedan reducidas a un juego de espejos. La lectura interesada del editor enfatiza la genealogía colombina de esta nueva carta, afirmada además por la coincidencia de los "cuatro viajes" de ambos.

Vespucci le recuerda a su lector que decidió abandonar su posición de comerciante para dedicarse a "cosas más laudables y firmes [e] ir a ver parte del mundo y sus maravillas" (75). La descripción del primer avistamiento de gente en la costa es, asimismo, la primera referencia a la desnudez como el eje sobre el cual descansa la diferencia relativa entre "ellos" y "nosotros": "vimos mucha gente que andaba a lo largo de la playa, de lo cual nos alegramos mucho, y advertimos que era gente desnuda" (78). No obstante, esa misma gente desconocida, de mediana estatura, cuerpos bien proporcionados y "carne que tiende al rojo", "si anduvieran vestidos serían blancos como nosotros" (79).

Aunque recatados para defecar, los indios no lo son cuando orinan: "son sucios y desvergonzados en hacer aguas, porque estando hablando con nosotros sin volverse ni avergonzarse, dejaban salir tal fealdad, que no les daba vergüenza alguna" (80). Entre esas gentes

desnudas y “sin vergüenza de sus vergüenzas, así como nosotros no las tenemos de enseñar la nariz o la boca” --apunta Vespucci con un símil poco inocente--, no sorprende que las mujeres sean fecundas y lujuriosas sin medida y que se valgan de artificios para satisfacer su “desordenada lujuria”; y que se “mostraban muy deseosas de ayuntarse con nosotros los cristianos” (81). Vespucci se excusa, por honestidad, de entrar en detalles, librado así al lector a su más desvergonzada imaginación.

El primer viaje recorre las costas caribeñas de Centroamérica. Los habitantes, sin comercio ni religión, aparecen como hombres naturales que “se comen a todos su enemigos que matan o hacen prisioneros” (83). Esta primera navegación termina con el relato de un enfrentamiento con unos indios isleños, en el cual los cristianos apresaron más de doscientos que fueron vendidos como esclavos al final de la travesía, en el puerto de Cádiz en octubre de 1498. Los indios del Caribe se maravillaban de que los cristianos no se comieran a sus enemigos.

En el tercer viaje --hecho bajo bandera portuguesa entre 1501 y 1502--, en la exploración de la costa sur de Sudamérica, aunque las gentes --dice el texto-- son iguales que en las jornadas anteriores, las relaciones entre cristianos e indios se vuelven más complejas. La larga sobremesa de Soderini reclama, lo sabe el narrador, un bocado especial. Vespucci cuenta entonces cómo los cristianos mandaron a uno de sus hombres, un joven esforzado, a tierra a mediar con un grupo de mujeres indias que se mostraban desconfiadas:

Cuando llegó junto a ellas [las mujeres indígenas] le hicieron un gran círculo alrededor, y tocándolo y mirándolo se maravillaban. Y estando en esto vimos venir una mujer del monte que traía un gran palo en la mano; y cuando llegó donde estaba nuestro cristiano, se le acercó por detrás y, alzando el garrote, le dio tan gran golpe que lo tendió muerto en tierra. En un instante las otras mujeres lo cogieron por los pies, y lo arrastraron así hacia el monte; los hombres corrieron hacia la playa con sus arcos y su flechas...les disparamos cuatro tiros de bombardas que no acertaron, salvo que, oído el estampido, todos huyeron hacia el

monte, donde ya estaban las mujeres despedazando al cristiano, y en un gran fuego que habían hecho, lo estaban asando a nuestra vista, mostrándonos muchos pedazos y comiéndoselos. (106)

Algo cambió en el recorrido de los tres viajes. Las mujeres lujuriosas e inofensivas de las primeras páginas que, como buenas cortesanas usaban sus artificios para seducir a los europeos, son ahora devoradoras extremas. La experiencia americana, como todo en la perspectiva crítica de un humanista, remite a una realidad trascendente. Vespucci es también un lector del mundo (y de Dante) que busca el sentido, concierto y coherencia del cosmos. “¿Querría yo saltar a esa isla? ¿Para qué?”

El texto de Vespucci no está exento de contenido moral; pero de una moral opaca y perversa, porque el episodio del joven devorado por las indias no deja de poseer cierto sentido satírico. No debemos olvidar el marco de sobremesa y divertimento de la carta. Pero, ¿cómo se leyó este episodio en la época? Uno de los testimonios más ricos de lectura y complejidad de esta escena americana quedó impreso en los grabados que acompañan la traducción alemana hecha en Estrasburgo en 1509 por Johannes Grüniger.⁶





Grabados de la edición alemana de la Lettera de Vespucci (Estrasburgo, 1509)

Los grabados recogen los lugares grotescos del texto: la costumbre de orinar sin ningún prejuicio, las carnicerías humanas (que ya iban formando su propia tradición en los grabados alemanes), la desnudez absoluta, etc. ¿Qué tan codificadas estaban estas imágenes o qué tanta libertad tenía un lector para construir el sentido? ¿Se trata de un grabado perverso o –de este lado de la página– de un lector depravado? La pregunta debe dirigirse concretamente al elemento añadido en la escena del joven portugués, elemento que aparece en segundo plano, como fondo de la imagen que ilustra textualmente el momento de perdición del “joven esforzado” en manos de las indias. El artista añadió otras figuras cuyos gestos inciden en la seducción sexual; y junto a éstas, unas nalgas de un hombre o mujer que ha penetrado en una cueva. Así, el cuadro posee algo de la atmósfera de Bosch o Bruegel. ¿Cómo leer estas nalgas expuestas en la entrada a la caverna? ¿Son una invitación o un repudio?

Una vieja creencia medieval sostenía que una persona acosada por el demonio podía librarse de él mostrándole las nalgas descubiertas, soltando un flato o defecando. Aparentemente, esta forma de interacción con el demonio seguía vigente para Martín Lutero, quien en pasajes oscuros de sus escritos insulta al diablo haciéndole notar que él también tiene mierda en sus pantalones⁷. Las nalgas, el ano y sus armas servían para apartar al demonio pero también, claro está, para entregarse a él a través del pecado. El grabado de Estrasburgo podría explicarse atendiendo a este sentido doble de las nalgas, como una suerte de escudo y superficie de los vicios.

Regresemos, finalmente, a América y Américo en una de las imágenes más discutidas recientemente en círculos académicos: el dibujo de Jan van der Straet, grabado por Theodor Galle (c. 1580). Esta imagen ha sido explicada como una fantasía misógina del discurso protocolonial o como “la colonización del cuerpo por el discurso del poder”.⁸ Louis Montrose cree ver en este grabado una alusión a la escena del joven portugués en la carta de Vespucci. Sin embargo, esta imagen no surge, como los grabados anteriores, de la lectura directa de ninguna de las cartas del descubrimiento: es ya una lectura de una tradición constituida. La escena no deriva de ninguna narración, pero hacia finales del siglo XVI parece provenir de todas o cualquiera de ellas. Por supuesto que es un grabado sobre América y el colonialismo europeo; pero su forma proviene de casi un siglo de lecturas montadas sobre otras lecturas, de un ir y venir de traducciones repetidas entre lenguas, palabras e imágenes. El resultado es un producto decantado por la tradición y el artista, con mucho más del Viejo Mundo que del nuevo.



Desde un punto de vista dominante, este grabado invita a la posesión y puede así leerse –se ha hecho-- como un texto al servicio de las políticas expansivas y masculinas del Imperio. Pero no deja de ser asimismo una alegoría del vicio. La mano de la india parece apuntar al fuego y a la escena (moral) de los caníbales, como recordando la suerte de quienes penetraron en las tierras de la lujuria. Es una imagen especular del mismo piloto florentino: Américo encuentra a América. Como en el *lector anacrónico* de Roland Barthes, aquel que participa del placer y del goce del texto, leyendo para afirmar y desarmar la propia cultura, esta figura de Vesputi nos invita también a pensar en la alegoría de un lector: “goza simultáneamente de la consistencia de su yo (es su placer) y de la búsqueda de su pérdida (es su goce). Es un sujeto dos veces escindido, dos veces perverso”.⁹

NOTAS

¹ Luis Millones Figueroa ha estudiado el contrato de Cieza con su editor. Véase su artículo “Corregidas y aumentadas: edición y lectura en las historias de Juan de Cárdenas, Pedro de Cieza de León y Alonso de Ovalle”, en *Lecturas y ediciones de crónicas de indias. Una propuesta interdisciplinaria*, Ignacio Arellano y Fermín del Pino, editores (Madrid y Frankfurt: Iberoamericana y Vervuert, 2004: 345-6).

² El ejemplar de la *Crónica del Perú* con el que he trabajado lleva en la portada la firma de su dueño. La tinta, los trazos y el contexto nos hacen suponer que es también el autor de las marcas en el texto. Se trata de un “doctor”, probablemente de Toledo. Mi investigación sobre el personaje está todavía a medio camino.

³ Los grabados de Florencia y Basilea han sido materia de lecturas críticas, entre ellas merece mencionarse la de Margarita Zamora, quien los estudia desde el género y los tropos de feminización. Véase el capítulo “Gender and Discovery” en su *Reading Columbus* (Berkeley: U of California P, 1993).

⁴ El ensayo de Jantz, “Images of America in the German Renaissance” está incluido en *First Images of the New World*, editado por Fredi Chiapelli (Berkeley y Los Ángeles: U of California P, 1976: I, 91-106).

⁵ Las citas de Vespucci corresponden a la siguiente traducción y edición: Americo Vesputio, *El Nuevo Mundo. Viajes y documentos completos* (Madrid: Akal, 1985). He consultado además la edición de Luciano Formisiano y traducción inglesa de David Jacobson: Amerigo Vespucci, *Letters from a New World* (New York: Marsilio: 1992); y la edición facsimilar de la *Lettera* de 1504? (Princeton: Princeton U P, 1916).

⁶ Un breve estudio de dos de los grabados de 1509 puede verse en la sección 9 de la excelente historia y antología preparada por Kenneth Mills y William B. Taylor, *Colonial Spanish America* (Wilmington, Delaware: SR Books, 1998: 65-70).

⁷ Véase Karl Wentersdorf, “The Allegorical Role of the Vice in Preston’s *Cambises*,” en *Modern Language Studies* 2 (1998): 61 y 68. El autor cita además un fragmento de los *Tischreden oder Colloquien* de Lutero que pueden leerse en esta tradición en donde el culo es arma contra el demonio. No he podido cotejar la cita en su contexto, pero su sentido —no podía ser de otro modo— no es del todo claro: “Teufel ich habe auch in die Hosen geschissen” (Eisleben 1566: 290) (“Demonio, yo también me he cagado en los pantalones”). Las referencias escatológicas de las palabras de Lutero han producido también lecturas psiconalíticas y perversas, como la de Erik H. Erickson en 1958 en su *Young Man Luther*.

⁸ Véase Michel De Certeau, en el prefacio de su *La escritura de la historia* (*The Writing of History*. New York: Columbia U P, 1988:177-217) y Louis Montrose, “The Work of Gender in the Discourse of Discovery” (*New World Encounters*, editado por Stephen Greenblatt, Berkeley y Los Ángeles: U of California P, 1993: xxv); también José Rabasa en *Inventing America* (Norman: U of Oklahoma P, 1993) le ha dedicado varias páginas a este grabado (cap. 1).

⁹ Roland Barthes, *El placer del texto* (México: Siglo XXI, 1974).